

LA CÁMARA LÚCIDA DE DANY VIRGILI

Una de las virtudes de la buena fotografía, de la fotografía como arte, es la de enfrentarnos de golpe a la realidad, a través de un fragmento. Fragmento que, como todos, si somos capaces de verlo, contienen la realidad por entero. Si la mirada es verdaderamente penetrante, como en el caso de Dany Virgili, se convierte en la cámara lúcida de la que habló Roland Barthes. Estas rocas son autorretrato nuestro y, para dar un primer ejemplo, el parecido de dos de sus obras con autorretratos de Goya resulta asombroso.

Y a Goya está dedicada precisamente esta exposición. El genial artista aragonés revolucionó la pintura al darle un giro de vuelta a la realidad tan profundo que nos la mostró con sus pliegues y todas sus caras, no sólo con la más convencional ante la que nos detenemos en la vida cotidiana.

Ahora, este singular creador, consciente de su trabajo, ha comentado que “Sólo es cuestión de intentar percibir con otros ojos para descubrir esas bellezas cambiantes, efímeras. Sí, efímeras”, insiste. Pero antes se ha cuidado de aclarar que “la belleza no depende del paso del tiempo, sino de nuestra mirada”.

La belleza del arte, como nos recordaba John Keats ha surgido en un punto en que el artista se sitúa fuera del espacio y del tiempo, precisamente porque ha sabido penetrar en el presente. La piedra nos da sensación de eterno presente y, al mismo tiempo, parece fluir. Nos abre a otra dimensión y revela la fragmentación y unidad última, como en *¿Cuál Es el Malo?* (2007) y *¿Quién Se lo Quita de la Cabeza?* (2009), muestra la activa pasividad de la contemplación en *¿Por qué Nos Embarcamos?* (2008), hierve con la alteración y dinámico frenesí de lo vivo en *Por unas Monedas* (2010), y desvela un rostro agonizante como de Cristo, en *Por Nuestros Pecados* (2005).

Rasgos fisonómicos como los que apreciamos en las rocas los ha explorado también en experiencia tan curiosa y original como la de fotografiar 365 tostadas de las que tomó en su desayuno, una por día, a lo largo de un año. En ello podemos constatar, además de creatividad, la originalidad y experimentalismo que es capaz de desarrollar. En otras diversas obras estos rasgos suponen una prolongación, por vía que podemos considerar expresionista, de sus retratos. Resulta, diría que lógico, que una le ha llevado a la otra. El saber ver los modelos vivos con tanta hondura como profundidad y fidelidad le ha hecho descubrir el rostro del ser humano como metáfora o, mejor, como símbolo de la realidad. Y resulta tan natural y de una lógica compleja, en que lo racional – también la razón crea monstruos- no es el factor único, que se supone necesario.

Ver la figura humana como requiere el verdadero arte nos permite descubrirla como *imago mundi*. Este creador presenta a los personajes tanto en función de su papel social como interiormente. Mirarlos nos hace reconocernos. Se ha dicho que todo retrato es autorretrato del artista que lo ha realizado. En mi opinión, la cosa es aún más sutil y misteriosa. Este extraordinario fotógrafo ha ensanchado su campo de visión y de actuación, y se inserta en el proyecto de alcanzar una nueva visión del mundo. En otro nivel, más profundo, recrea la realidad, a través de un fragmento que, holográficamente, la presenta y encierra por entero.

Retratos y rocas, como símbolos de vida y de muerte, evocan la figura y el rostro del ser humano, y su sed de trascendencia. De ahí, la viva atracción, el vértigo y el temor a vernos evocados que despiertan en nosotros estas imágenes. Saber advertirlo y transmitirlo artísticamente, con profundidad y altura, es mérito que se ha de reconocer en Dany Virgili.

JOSÉ CORREDOR-MATHEOS